

es así — que esa ingente grandeza no supieran guardarla los hombres extraños que región — por sino del destino — los pueblos de España. Fué en tiempos de Felipe IV, cuando reinaba el Conde Duque de Olivares; en 1648 se firmó la Paz de Westfalia, y allí empezó la desmembración del más grande Imperio que haya existido nunca.

Desaciertos, abandonos, negligencias y cobardías, hicieron posible el derrumbamiento total de 1897. Con la pérdida de los últimos florones de tan magnífica corona imperial, la dulce Cuba y el fértil Puerto-Rico, con las bellas Islas Filipinas, España se sumió en un profundo sueño, que aprovecharon las fuerzas del mar para asolar la patria, mermada y deshecha, hasta convertirla en un montón de ruinas: Siempre insignes.

Pero el alma de España, aquella que infiltró en medio mundo — por el vehículo delicioso del idioma español — el espíritu recio y puro de las doctrinas de Cristo, esa, no había muerto. Sólo necesitaba una chispa, que la hiciese saltar y brillar.

José Antonio; el joven César que murió por España; el que monta junto a las estrellas su eterna guardia por nosotros; aquel que a hombres de sus hermanos de ideal atravesó — durante días, fríos y lluviosos, y noches estrelladas — los amados campos de la patria en peregrinación de inmensa fe; aquel cuya materia yace bajo losa sepulcral — fuerte y sencilla — en el amplio crucero de la gran iglesia escorialense, fué la chispa que hizo brillar y saltar nuevamente esa alma pura — pletórica de fe — en pos de los grandes destinos de España.

El Apóstol necesita un guerrero que le siga; como el guerrero — cuando es español — necesita un Apóstol guerrero (aquel Santiago, Patrón de España) y una Virgen (pequeña de materia, grande, como la del Pilar), a la que pueda pedir — humildemente — divina inspiración.

Ese guerrero iluminado por el Ideal del joven César, que murió por España, e inspirado por la divina providencia para salvarnos, fué FRANCO, el victorioso Caudillo, que en nueva cruzada, de espíritu inmenso, liberó a España y le devolverá — ¡pronto! — junco con Gibraltar, su honor humano.

Reflexionemos: Similitud de acciones, paridad de hechos; don Pelayo, el legendario, rey de Asturias — nacido del genio de la raza —, comenzó la lucha en el Norte, contra los hombres del Sur; los que oponían una media luna, frente a la Cruz. El Caudillo — hijo insigne de ese genio de la raza hispana — comenzó en el Sur, ayudado por aquellos mismos hombres del Sur; contra los que ponían una media luna moderna — una hoz —, frente a frente con la Cruz del Redentor.

Y ahora: Llegó para nosotros la hora de un nuevo Imperio.

Imperio donde reviva aquella alma española, que creció tanto, que fué capaz de cubrir al mundo entero, cuando el sol alumbraba — eternamente — tierras de España: Imperio que servía — antes que nada — para ir hacia Dios, en ascensión sublime de las almas; como aquellas que moraban en las tierras amplias y ásperas de Castilla — amarillas, por el trigo y rojas por el sol — con el nombre hermoso de Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz.

Es la hora — cálida — de recoger el fruto de la semilla que entonces se aventó sobre la faz del mundo, y que lentamente — por ser cosa del espíritu — penetró en los surcos del alma de los pueblos indígenas, que España conquistaba con amor de Madre, con amor de Cristo.

Semilla que ahora vuelve a revivir — con ímpetu de conquista y de ideal — porque en España empieza a amanecer.

MIGUEL MONTAGUD BORJA

Segundo premio en prosa del Concurso Literario organizado por el S. E. U.

"El Dos de Mayo"

Dadme ¡oh Músas! homéricos acen-
[tos
Para un himno entonar a los que un
De libertad sedientos [día
Salvaron a la Patria que moría.
Traed, furiosos vientos
Del fragoroso trueno los rugidos;
Traed del moribundo
Los dolorosos ayes recogidos
Cuando sopláis del uno al otro polo,
Para que a describir el negro dolo
Del invasor cruel mi lira acierte
Cantando del combate Gloria y Muer-
[te.
Abierta aun, ¡oh Patria! está tu he-
Indeleble la sangre derramada [rida
De tus hijos está sobre tu suelo,
¿Olvidarás al fin el triste duelo
Que una turba malvada
En tus pueblos vertió con dura saña?
¿Recuerdas aquel día madre España?
¡El Dos de Mayo fué!
¡Día fatal de desventura y llantó
Que el alma al evocarlo se estremece!
Aun se escucha el gemir del que perece
Entre un infierno de terror y espanto.
La invasión como un río se desborda
Y a contenerla todo esfuerzo es vano:
En la mujer, el niño y el anciano
Clava sus garras la terrible horda;
Y cuanto se interpone
Al paso del francés cruel y fiero
Sucumbe a su mortal y frío acero.

El horrible estertor de un ser que
[expira,
Los sollozos del padre que a su hijo
Sin lucha alguna vió caer herido,
El pobre que contempla destruido
Su humilde hogar, y con dolor suspira,
Todo del cielo la venganza clama
Mientras la sangre corre y se derrama.

¿Sucumbirá la tierra cuya gloria
El mundo asombra y con resplandor
[brilla
En páginas ilustres de su Historia?
¿La ahogarán las garras
Que el águila imperial en ella clava?
¡No la hizo Dios para vivir esclava!
Y del preclaro escudo de Castilla
Ruge el León, y su rugido aterra
El espacio infinito de la tierra.

Con orgullo levanta la cabeza,
Sacude la melena
Agitando las crines con fiereza,
Y de fuerza sus músculos se hinchan
Para romper la bárbara cadena.
Dura es la prueba, dura y arriesgada,
Pero hasta conseguirlo él no cesa,
Y el Águila del Corso avergonzada
Remonta el vuelo y de allí se aleja.

Venciste, España, y de tu suelo arro-
El último invasor que lo profana, [jas
Cifran tus sienes del laurel las hojas
Deslumbre al mundo el brillo de tu
[fama.

¡Y eterna gratitud a los valientes
Que lucharon con fe y vehemencia
Dando su vida por tu Independencia!

Juan GODO COSTA

Segundo premio de poesía del Concurso Literario organizado por el S. E. U. en la pasada Fiesta Mayor.